

## ADICIONES LEXICOLOGICAS

### I

En medio del empirismo desolador de las más generalizadas prácticas de la Lexicografía tradicional y corriente, la rotulación algunas veces advertida y utilizada de “Diccionario ideológico”, parece justificar que abramos un modesto crédito a la esperanza de hallar por fin realidades más venturosas que las ordinariamente ofrecidas a nuestra curiosidad insaciable. Ese estado de ánimo se apoderó de nuestro espíritu antes de hojear y estudiar la obra de D. Julio Casares titulada *Diccionario ideológico de la lengua española*. “Desde la idea a la palabra; desde la palabra a la idea” (Editorial Gustavo Gili, S. A. Barcelona, MCMXLII). El citado autor, en su *Nuevo concepto del Diccionario de la Lengua, y otros problemas de Lexicografía y gramática*<sup>1</sup>, formula estos asertos: “Lo verdaderamente necesario, lo que todos echamos menos a cada paso es un procedimiento mediante el cual se faciliten las operaciones activas del lenguaje, algo que, cuando llegue el caso, nos ayude a hablar, a escribir y también a pensar. . .”. No necesitaremos advertir que son muy laudables los indicados designios y que acaso necesiten precisa aclaración y glosa las denominadas “operaciones *activas* del lenguaje”, por si han de ser diferenciadas de otras “operaciones *pasivas*”, que sólo conjeturalmente sospechamos en qué puedan consistir. Mas el mencionado lexicógrafo propone para la realización de las altas finalidades indicadas la fórmula siguiente:

“... para esto hay que crear junto al actual registro por abecé, archivo hermético y desarticulado, el Diccionario orgánico, viviente, sugeridor de imágenes y asociaciones, donde, al conjuro de la idea, se ofrezcan en tropel las voces, seguidas del utilísimo cortejo de sinonimias, analogías, antítesis y referencias, un diccionario comparable

---

<sup>1</sup> Tomo V de las *Obras completas*, Espasa Calpe, editor, Madrid, 1941, pág. 87.

a esos bibliotecarios solícitos que, poniendo a contribución el índice de materias, abren camino al lector más desorientado, le muestran perspectivas infinitas y le alumbran fuentes de información inagotables <sup>2</sup>.

Las precedentes consideraciones fundamentan la clara y laudable finalidad perseguida con el *Diccionario ideológico*, finalidad que “consiste en poner a disposición del lector, mediante un inventario metódico, no intentado hasta ahora, el inmenso caudal de voces castizas que, por desconocidas u olvidadas, no nos prestan servicio alguno”, etc., etc. <sup>3</sup>.

Para cuando menos intentar alcanzar la finalidad propuesta, hay que proceder a la “sistematización del vocabulario, reuniendo en grupos conceptualmente homogéneos cuantas palabras guarden relación con una idea determinada” <sup>4</sup>. Se trata, pues, de un repertorio del lenguaje literario y vulgar, pero, en manera alguna, de un diccionario enciclopédico. Un diccionario general, no puede, ni debe incluir todos los tecnicismos de las ciencias y artes y se limita a “registrar los vocablos técnicos que en materia ajena, no debiera ignorar sin desdoro una persona culta”. Mas al reunir “en grupos conceptualmente homogéneos cuantas palabras guarden relación con una idea determinada”, las clasificaciones así obtenidas responden tan sólo o, cuando menos, principalmente, a finalidades prácticas, lo cual no es obstáculo para que se alcancen de esa manera determinados resultados de orden sin duda, en parte, científico. El autor, cuyas doctrinas estamos exponiendo, glosa las tesis que acabamos de consignar con estas significativas aseveraciones:

Si consideramos el cuadro titulado Zoología . . . vemos que reproduce en cierta medida el índice metódico de un tratado de dicha disciplina; aunque con la singularidad que se deriva —y esto afecta a todas las partes de esta obra— de clasificar voces referentes a las cosas y no las cosas mismas (*op. cit.*, pág. xi).

Creemos muy acertada la distinción de referencia y tendremos oportunidad en la exposición subsiguiente de insistir

<sup>2</sup> *Op. cit.*, pág. 118.

<sup>3</sup> Julio Casares, *Diccionario ideológico*, plan de la obra e instrucciones para su manejo, pág. ix.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, *loc. cit.*

de nuevo en el hondo sentido que alcanza dicha tesis. Habrá, pues, que dar a las clasificaciones reflejadas en los cuadros sinópticos el relativo valor que puede corresponder a aquéllas en las referidas circunstancias. Cree el Sr. Casares, sin embargo, que en los cuadros de ideas abstractas, se ha podido utilizar en gran medida la contraposición en dos columnas de los conceptos antagónicos, pero no oculta que los grupos presentados como antitéticos, no lo son siempre con todo rigor lógico.

Después de exponer los conceptos que acabamos de extraer, nuestro autor cuidadosamente describe las tres partes principales de su *Diccionario ideológico* (parte sinóptica, parte analógica y parte alfabética), entrando en disquisiciones que no necesitaremos seguir aquí con toda minuciosidad. Baste con indicar tan sólo, porque tal excepción se justifica por la posible ambigüedad del término correspondiente empleado, que la segunda parte, la llamada *Parte analógica*, está “formada por la serie de los grupos de palabras afines ordenados alfabéticamente por la palabra que les sirve de enunciado o cabeza”<sup>5</sup>. Se nos advierte también por el mencionado autor que para las cabezas o epígrafes de los grupos, se han preferido los nombres sustantivos, que ofrecen más extensión lógica que las restantes partes del discurso. Para conseguir esta finalidad extensiva, ha habido que emplear vocablos de poco uso, o por completo inusitados, o incluso neologismos forjados *ad hoc*. Por último, el mismo autor además indica que ha retocado, o modernizado totalmente, gran cantidad de definiciones en la parte alfabética, siempre que le pareció indispensable, pero que no ha querido ir demasiado lejos por este camino, a fin de mantenerse, en lo posible, dentro de la ortodoxia representada por el Diccionario de la Academia. En este punto dejamos al Sr. Casares toda la responsabilidad y todo el posible acierto o desacierto de semejante actitud.

La “ortodoxia representada por el Diccionario de la Academia” no ha sido ciertamente en muchas ocasiones incontrovertible, ni ha dejado de ser muchas veces violenta y hasta fun-

<sup>5</sup> *Op. cit.*, pág. xii.

damentalmente controvertida. En ese sector de las actuaciones lexicográficas, no pocas heterodoxias han tenido manifiesta legitimación. Pero insistimos en dejar la justificación de la actitud mencionada a quien con toda solvencia y responsabilidad puede adoptar dicha orientación doctrinal<sup>6</sup>. Por nuestra parte, no es el últimamente indicado aspecto el que de modo capital nos interesa, ni puede interesarnos con la obligada objetividad en la dirección doctrinal que representan los partidarios del susodicho *Diccionario ideológico*. Centramos nuestra atención y nuestra efusiva curiosidad en otras perspectivas distintas de la que acabamos de registrar. Y pensamos: ¿será posible que un "diccionario" del tipo del descrito ponga en eficaz tensión las llamadas "operaciones activas" del lenguaje? ¿Asistiremos con el *Diccionario ideológico* al momento crucial que nos permita obtener de los léxicos insospechados e inapreciables dones? Abrimos esta interrogante con leal sinceridad, y lamentamos que acaso no nos sea posible disiparla con terminantes y decisivas aseveraciones.

En primer término hagamos constar que el intento perseguido con tal diccionario ideológico es, en todos sentidos, laudable; aun en el supuesto de que la realización de dicho anhelo no fuera asequible en un plazo prudencial de tiempo, semejante capital finalidad puede legítimamente requerir y utilizar las más abnegadas capacidades y los más denodados esfuerzos de los lexicógrafos conscientes y responsables. En este punto, no puede ofrecer atenuación ni duda la adhesión

---

<sup>6</sup> Adviértese que el propio Sr. Casares dista mucho de desconocer los errores que en el Diccionario académico han hallado frecuente y dolorosa acogida. Estas nobles palabras del docto citado (vid. su obra titulada *El idioma como instrumento y el Diccionario como símbolo*, Mad. 1944, págs. 32-33) señalarán a la "ortodoxia" de referencia sus inexcusables límites prudenciales: "Es de lamentar ciertamente que las envidiables dotes de escritor y de polemista con que se adornaba Valbuena no hubiesen ido acompañadas de una competencia, siquiera decorosa, en las materias que trataba; pero no se puede negar que sus agrias censuras sirvieron para reparar no pocos desaciertos del Diccionario y para que éste se mantuviese durante algún tiempo —y a esto voy a parar— en el campo de atención de españoles e hispanoamericanos . . . Creo que toda crítica objetiva, aun la más hostil y desvergonzada, contiene elementos de colaboración aprovechables, y la considero preferible al silencio, que, benévolamente interpretado, puede significar respeto excesivo, pero que también podrá ser, ay! síntoma de desvío y desinterés".

sincera que prestamos al designio prefijado. Que un diccionario sea un verdadero y eficazísimo fermento de las actividades lingüísticas más eficaces y fructuosas, es un justo y nobilísimo propósito, digno de la más calurosa simpatía. Todos sabemos bien, por dolorosísimas experiencias personales, que no son de ordinario los léxicos útiles muy eficaces para poner en tensión creadora las actividades lingüísticas y a todos nos consta que con los diccionarios tradicionales, hemos consumido horas de esfuerzos tediosos y, en gran parte, frustrados e inútiles. Las "lágrimas del latín y del griego" que algunos prudentes escritores han tratado de evitar, débense en no poca parte a los farragosos folios de los diccionarios más corrientes de esas dos admirables lenguas clásicas.

Mas si creo que podremos llegar casi a la unanimidad en el reconocimiento de los males indicados y del explicable anhelo de su eficaz y definitiva remoción, sospecho en cambio que no hemos de llegar a la misma coincidencia ideal en la determinación de los medios que permitan superar los defectos lexicográficos recordados y alcanzar el bien apetecido en esa esfera lingüística, del que, como hemos visto ya, es elocuente vocero D. J. Casares. Creemos sinceramente que para que un Diccionario sirva de verdadero vivero de formas léxicas y de giros sintácticos, es muy difícil que basten o que sean eficazmente suficientes los cuadros sinópticos, la parte analógica y la parte alfabética del Léxico ideológico del docto mencionado. Mas como esta personal apreciación no tiene en su abono autoridad alguna, pues de toda carece el que se atreve a formular el precedente aserto, que los razonamientos subsiguientes sirvan para cimentar o para desvirtuar la tesis aquí sentada.

He aquí, pues, las razones en que basamos nuestra precedente valoración. Será muy difícil que se pueda estimular y fecundar con manifiesta eficacia las susomentadas operaciones *activas* del lenguaje sirviéndose de clasificaciones conceptuales del tipo de la propuesta y utilizada por el Sr. Casares en su mencionado *Diccionario ideológico*. Tales clasificaciones conceptuales tienen, como veremos en un segundo capítulo de este estudio, precedentes históricos en síntesis representativas de

valor casi enciclopédico siempre, sin duda, meritorias, pero en parte artificiosas siempre también y acomodadas al nivel de cultura de cada época y de cada autor. La obligada relatividad y el inexcusable artificio, por tanto, de esas ordenaciones de ideas y de representaciones, han de influir en forma inequívoca de muy desigual manera sobre las distintas individualidades psíquicas sometidas a la eficiencia lingüística de los léxicos ideológicos. Esta eficiencia lingüística plasmadora de los léxicos ideológicos será manifiesta y notoria en los límites y en el grado y medida en que tales diccionarios reproduzcan o reflejen los procesos reales psíquico-lingüísticos que intentan provocar o intensificar. Sabido es que, como ya H. Paul con toda determinación advirtió en el primer tercio del siglo en curso, verdaderos sistemas de representaciones en distintos grados y en diversas formas de asociación ligadas, sirven de inexcusables soportes a la actuación lingüística normal y ordinaria.

Si los diccionarios ideológicos fundamentalmente se acomodan a esas estructuras psíquico-lingüísticas, su eficacia plasmadora queda desde luego garantizada, mas si tales léxicos artificialmente se separan de las habituales perspectivas de nuestro mundo psicológico-lingüístico, hay gran riesgo de que se frustren los mejores propósitos y las más abnegadas tareas de la moderna lexicografía.

Este aspecto específicamente lingüístico, es el que echamos menos en la "exposición de motivos" que pueden legitimar la labor de los léxicos ideológicos formulados por el Sr. Casares. Y juzgamos imprescindible subrayar tal perspectiva, no ya solo por su indiscutible valor intrínseco, sino hasta por sus consecuencias de orden metodológico. Sabido es que sentimos en ocasiones un irrefrenable desdén por la ordenación alfabética, de cuyo valor pragmático no dudamos, sin embargo, jamás. Pues bien, esa humilde ordenación alfabética que nos parece distante *toto caelo* de la más superficial clasificación conceptual, tiene una desconocida importancia que interesa no olvidar. Alfabéticamente conserva también nuestra memoria glótica grupos de vocablos y de sus correspondientes conceptos,

y en los procesos analógicos, las similitudes fonológicas tienen frecuente y muchas veces fructuosa, fecunda repercusión. No pocos hechos de la denominada "etimología popular" son debidos a semejanzas fonológicas incluíbles en el orden de las agrupaciones alfabéticas. Véase por donde la desdeñada sucesión de las letras del alfabeto, es algo más que un cómodo procedimiento de catalogación lexicográfica. Pensando en estas notorias e indiscutibles realidades del mundo lingüístico, más de una vez he llegado a creer que el relativo desdén de los nuevos lexicógrafos por el orden tradicional alfabético, arguye en no pocos casos una visión no muy amplia y comprensiva de los fenómenos lingüísticos lexicográficos. La Lingüística general, o, cuando menos, la Psicología lingüística, puede y merece ser consultada por los más audaces y eficaces investigadores de la Lexicografía.

## II

Mas para deparar a todas nuestras precedentes glosas la necesaria documentación y la justificación indispensable, vamos a entrar ahora en un orden de consideraciones históricas que creemos fundamental. Hagamos constar en primer término que aunque el Sr. Casares pretende haber alcanzado la prioridad en España en la dirección lexicográfica ideológica, no corresponde a dicho docto tal honor, atribuible, en cambio, a D. Eduardo Benot. Ignoramos las razones que haya tenido D. Julio Casares para silenciar la labor de su mencionado precursor, pero no nos creemos ni obligados, ni menos autorizados a seguir semejante conducta en debido acatamiento a la verdad histórica y fuera de toda consideración personal, pues el que traza estas *notas* no ha tenido el honor de tratar ni de conocer siquiera personalmente a ninguno de los dos citados Srs. académicos. Procedemos, pues, como es indispensable proceder en estos casos, *sine ira et studio*, y a una inmensa distancia de cualquiera orientación profanada por reprobables sectarismos. Aunque quienes nos conocen, saben bien que no hemos seguido nunca otra conducta que la que acreditan los precedentes asertos, acaso no huelguen estas salvedades en la atmós-

fera saturada de pasiones que agobia al mundo contemporáneo de la postguerra.

Pues bien, el citado D. Eduardo Benot en su conocido *Diccionario de ideas afines y elementos de tecnología compuesto por una sociedad de literatos bajo la dirección de D. E. B.* (Mad., Imp<sup>a</sup> de D. Pedro Nuñez, s. f.: F. C. n<sup>o</sup> 5466)<sup>7</sup>, terminantemente señala su orientación ideológica en estos precisos términos (*op. cit.*, pról. pág. v): “Los Dictionarios vulgares que andan en manos de todo el mundo, se proponen resolver el siguiente problema: “Dada una *palabra* averiguar las *ideas* expresadas por ella”.

Pero el fin de este Léxico especial, que *ahora por primera vez* sale a luz en nuestra España, es precisamente todo lo contrario: “Dada una *idea* encontrar las palabras que la expresan”.

No se puede desconocer que es tan legítima una como otra de las dos finalidades últimamente contrapuestas, mas la que aquí ahora subrayamos, sirve, según el mismo Sr. Benot indica (*op. cit.*, *loc. cit.*, pág. VII), para un objetivo esencialmente práctico, puntualizado en estos términos:

A los que se abren penosamente camino luchando con las dificultades del escribir, trata de ayudar este Dictionario de ideas, suministrándoles sobre cada asunto todo el caudal de voces y de frases que la lengua puede suministrar para la expresión, no sólo del asunto que pintan o discuten, sino también para los matices e irisaciones de sus variantes, de sus estados y sus límites, de sus modificaciones y subtilidades (*sic*), del fondo esencial de la idea que preside a tales palabras, y de lo accidental de los conceptos.

Mediante el largo pasaje transcrito, cabe comprobar que se perseguía una finalidad esencialmente pragmática con los léxicos ideológicos. Preocupaba ante todo y sobre todo la necesidad de suministrar material lexicográfico a quienes compo-

---

<sup>7</sup> Utilizamos también de esta obra una reciente reimpresión, que lleva la siguiente portada: *Diccionario . . . E. B.* (De la Academia Española). Este Dictionario, además de tener agrupadas todas las palabras de la lengua castellana, siguiendo un orden de afinidad, contiene copiosos vocabularios de ciencias, artes, oficios, profesiones, etc. Primera edición totalmente revisada y esmeradamente corregida, Buenos Aires, Editorial Sopena, Argentina, S. R. L. (Al dorso de esta portada, leemos: Primera edición, Dobre. de 1941).

nían en una lengua que sólo imperfectamente les era conocida. Y, sin embargo, ese objetivo práctico, no impide a Benot razonar la eficacia de los léxicos que estudiamos con argumentos de estricto valor científico. Dice así el citado autor (*op. cit., loc. cit.*, pág. VII):

Las voces son las alas de nuestros pensamientos. Sin la agencia de las palabras, los fenómenos de la mente carecerían de aire para su desarrollo. La lengua aumenta nuestra vista mental, fija las ideas y las imágenes, y las detiene para someterlas a constante contemplación. En todo proceso del raciocinio entra el lenguaje como elemento esencial.

Juzgamos acertadísimas, indiscutibles las aseveraciones que acabamos de transcribir, no siempre tenidas en cuenta con el rigor y esmero apetecibles. No se trata ya sólo de suministrar noble vestuario léxico a ideas más o menos vagas e imprecisas; es que hasta para pensar *silenciosamente*, debemos dar discretos signos orales a nuestros más delicados procesos de ideación, si pretendemos obtener de éstos el máximum de su rendimiento conceptual.

Ahora bien, ¿cuáles son los precursores conocidos de las labores lexicográfico-ideológicas reseñadas? Porque ni Casares, ni Benot pretenden haber abierto ruta *por primera vez* en la dirección indicada, y ambos señalan los precedentes que han tenido en cuenta en sus respectivas lucubraciones lexicográficas. Casares se limita a señalar como precursores de la clasificación ideológica del Léxico a Roget en Inglaterra (1852) y a Boissière en Francia (1862), citando además la obra titulada *Dictionnaire des idées suggerées par les mots* de Rouaix (Armand Collin, Paris). Benot, en cambio, recogiendo y ampliando las referencias de Roget (al que nos referiremos después en forma muy particularizada), registra en la serie de las indicadas fuentes en primer término el *Amera Cosha*, o *Vocabulario de la lengua sánscrita* por Amara Sinha. En este punto, puedo y debo hacer algunas rectificaciones a estos datos. El vocabulario aquí citado (mal citado por Roget y por Benot, que sigue a Roget) llevaba, en realidad, este rótulo: *Amara-Koça* (e. d., inmortal tesoro; su autor fué Amara-simha, e.

d., inmortal león). Vid. en comprobación de la exactitud de las rectificaciones propuestas *Dictionnaire sanskrit-français* par N. Stchoupak, L. Nitti et L. Renou, Paris, Adrien Maisonneuve, 1931, pág. 74. En la obra *Otto Böhtlingk's Sanskrit-Chrestomathie*, dritte verbesserte und vermehrte Auflage herausgegeben von Richard Garbe, Leipzig, H. Haessel Verlag, 1909, págs. 278-282, se incluye el texto sánscrito de dos fragmentos del Amarakoṣa, nombre en dicha Crestomatía así transcrito: Amarakośa (una y otra transcripción, ç y ś, son aceptables y aceptadas para representar con tipo latino la sibilante palatal sorda, mas lo que no se ha aceptado nunca es la representación de dicha sibilante por el signo *sh*). Los fragmentos de referencia corresponden a 2, 6, 3, 1-41 y 3, 4, 13, 48-59 del Léxico mencionado, según aparecen en las ediciones que el mismo Garbe (*op. cit.*, pág. 412) registra en estos términos: "Nach den Ausgg. von Th. H. Colebrooke, Loiseleur Deslongchamps and Chintamani Shastri Thatte (under the superintendence of Dr. F. Kielhorn, second edition, Bombay, 1882)". Me propongo traducir los fragmentos citados y discriminados de la Crestomatía de Böhtlingk-Garbe para unir mi proyectada versión castellana como apéndice a este ensayo monográfico por la extraordinaria rareza del texto en cuestión, del que dudo hallar ejemplar alguno en las bibliotecas de Bogotá. Conste, pues, el anhelo, por si su realización no me fuera en definitiva asequible, ya que dispongo en el lugar de mi actual y habitual residencia de muy escasos medios lexicográficos para semejante labor. Mientras tanto, podremos con Roget sospechar que en esa, al parecer, primera tentativa lexicográfica en sentido ideológico, no se cosechan inmediatamente muy venturosos resultados. La clasificación de los vocablos es de temer que fuera bastante imperfecta y confusa en dicho Léxico. Sobre todo en la parte concerniente a los términos de conceptos abstractos, o de operaciones mentales. La indicada conjetura se comprueba leyendo los rótulos de los capítulos de la primera sección de tal Diccionario, que comprendía estos apartados: Cielo, Dioses, Demonios, Fuego, Aire, Velocidad, Eternidad, Muchedumbre; en la cuarta sección de la misma obra, se mezclaban confusamente las divisiones rotuladas *Vicio*, *Virtud*,

*Ventura, Destino, Causa, Naturaleza, Intelecto, Conocimiento, Sentidos, Sabores, Olores, etc., etc.* De todas suertes, no cabe desconocer que una ordenación, cuando menos, en líneas generales lógica, presidía las secciones del Amara-koça referentes a los términos empleados para designar seres de la naturaleza, y así ocupaban sus propios y correlativos lugares en la citada obra las nomenclaturas aplicables al *mar*, a la *tierra*, a las *ciudades*, a los *animales*, etc., etc. Pudieron acreditarse de esa manera muy laudables tentativas de análisis ideológico y lingüístico en la época relativamente remota en que vivió Amara Simha.

Los trabajos del obispo Wilkins, publicados en 1668 bajo el rótulo *An Essay towards a Real Character and a Philosophical Language*, no son ya en realidad, una verdadera continuación de la dirección lexicográfica ideológica representada por el Amara-koça. Wilkins pretendía en su citado *Ensayo* formar un sistema de símbolos que alcanzaran el valor de un lenguaje universal, mas para obtener tan codiciable objetivo, sostenía dicho autor que había necesitado trazar “un plano de análisis de las cosas o nociones, a las que habrían de ser asignadas sus designaciones correspondientes”. Aunque este recurso eurístico parcialmente incluye a Wilkins en la dirección lexicográfica que estamos examinando, no cabe hacerse muchas ilusiones de los resultados así obtenidos. La extraordinaria laboriosidad y la misma ingenuidad de Wilkins, no libran a su *Ensayo* ni a su sistema de resultar y parecer demasiado abstrusos y recónditos para una aplicación práctica de cierta eficacia.

Estos mismos males aquejan a la obra anónima publicada el año 1797 con el título: *Pasigraphie, ou Premiers Eléments du Nouvel Art-Science d'écrire et d'imprimer une langue de manière à être lu et entendu dans toute autre langue sans traduction*. En esta producción, de la que se publicó pronto una edición alemana, hallamos un gran número de tablas de categorías artificiosas, arbitrarias y de difícilísima aplicación, e incluso aprehensión conceptual, a juicio, cuando menos, de Roget, cuyas indicaciones seguimos fielmente en estos extremos, porque no hemos logrado hallar, ni consultar, por tanto,

la mencionada *Pasigraphia*<sup>8</sup>. Mas conste que ninguna de las obras lexicográficas hasta ahora citadas en el texto de nuestro "ensayo" y en la última *nota* del mismo, logró el éxito que estaba reservado al *Thesaurus* de Peter Mark Roget, a pesar de la laboriosidad y de los laudabilísimos deseos de sus prestigiosos autores. El mencionado *Thesaurus* presenta esta portada en el ejemplar que hemos podido consultar en la Biblioteca Nacional de Bogotá: "Peter Mark Roget, *Thesaurus of english words and phrases classified and arranged as to facilitate the expression of ideas and assist in literary composition...* "It is impossible we should thoroughly understand the nature of the things signified". — "Ἐπεὶ πλεονέκτου... Eight Edition. London, Longman, Brown, Green, Longmans, & Roberts 1859". Mas el prólogo de la citada obra ofrece una sobria y meditada orientación acerca de la posición lexicográfica adoptada por su autor en una serie de curiosos razonamientos. Roget advierte, en primer término, la finalidad que persigue con su *Thesaurus*: ofrecer una colección de las palabras y de los giros de un idioma clasificados no alfabéticamente, sino conforme a las ideas expresadas por tales giros y palabras. Es decir, dada la idea, deberemos hallar la palabra o las palabras que puedan con más acierto y plasticidad expresar aquella concepción de nuestra mente<sup>9</sup>. Cumplida esa útil finalidad, ló-

<sup>8</sup> Debemos además a D. Eduardo Benot estas referencias bibliográficas complementarias, que registramos a continuación: En 1835 apareció en Londres un *Diccionario analítico de la lengua inglesa* escrito para agrupar las palabras en relación con las ideas por David Both. Boissière, por su parte, publicó en París en 1862 un *Diccionario analógico de la lengua francesa, repertorio completo de las palabras por las ideas y de las ideas por las palabras*. Además Elías Blanc publicó también en París en el año de 1882 su *Diccionario lógico de la lengua francesa*, en el que, como en los antes citados, se pretende agrupar las palabras conforme a las ideas en tales vocablos expresadas. Todavía debemos advertir que si en España ha sido relativamente tardía la aparición de los Léxicos ideológicos, que creemos se inicia con el *Diccionario de ideas afines* del maestro Benot, no ha ocurrido lo mismo en Francia, ni en Alemania, como acreditan los textos siguientes: *Dictionnaire idéologique* por T. Robertson (París, 1859, ed. ya hace tiempo agotada); *Deutscher Sprachschatz* por Sanders (Hamburgo, 1878) y *Deutscher Wortschatz* por Schelling (Stuttgart, 1892). Adicionaré incidentalmente a estas referencias que de Daniel Sanders he podido hallar y consultar la curiosísima monografía titulada *Aus der Werkstatt eines Wörterbuchschreibers. Plaudereien...* (Berlin, Verlag von Hans Lausternöder 1889; F. C. n° 01589).

<sup>9</sup> *Op. cit.*, Introd. pág. vii: "The present work is intended to supply . . . a

grase con ella aumentar copiosamente la provisión de vocablos y frases de los usufructuarios del *Diccionario ideológico*, quienes podrán conseguir así expresar los más huidizos y cambiantes matices de las realidades significadas <sup>10</sup>.

Mas con notorio acierto advierte también Roget que la labor de versiones, es el mejor ejercicio para alcanzar "maestría de lenguaje y felicidad de dicción, fuentes de una atractiva y persuasiva elocuencia". Al intentar convertirnos en fieles intérpretes del pensamiento ajeno, somos recompensados con el aumento de nuestra diligencia y hasta de nuestra capacidad para expresar nuestros propios pensamientos. Quien sabe obedecer es quien está más capacitado para saber mandar <sup>11</sup>.

Pero todas las precedentes observaciones, notoriamente discretas y acertadas, no alcanzan la importancia que debemos atribuir a las que ahora recojamos, continuando en la exposición de la orientación doctrinal de nuestro autor. Roget no se limita a registrar la utilidad que reportan los Léxicos ideológicos y los ejercicios de traslación de una lengua a otra, para intensificar y depurar las posibilidades expresivas de cualquier estudioso, regularmente dotado. Ve en el lenguaje no sólo el medio necesario de la comunicación entre los seres racionales, sino incluso el inexcusable *instrumento del pensamiento*, del que las palabras son más bien alas para volar que mero

---

desideratum hitherto unsupplied in any language; namely, a collection of the words it contains and of the idiomatic combinations peculiar to it, arranged not in alphabetical order as they are in a Dictionary, but according to the *ideas* which they express . . . The object aimed in the present undertaking is exactly the converse of this: namely, — The idea being given, to find the word, or words, by which that idea may be most fitly and aptly expressed".

<sup>10</sup> *Op. cit.*, pág. viii: "The assistance it gives is that of furnishing on every topic a curious store of words and phrases, adapted to express all the recognizable shades and modifications of the general idea under which those words and phrases are arranged".

<sup>11</sup> *Op. cit.*, pág. ix: "Regarded simply as a mental exercise, the practise of translation is the best training for the attainment of that mastery of language and felicity of diction, which are the sources of a graceful and persuasive eloquence. By rendering ourselves the faithful interpreters of the thoughts and feelings of others, we are rewarded with the acquisition of greater readiness and facility in correctly expressing our own; as he who has best learned to execute the orders of a commander, becomes himself best qualified to command".

vehículo para trasladarse rodando de un lugar a otro del espacio. La revisión de un catálogo de vocablos de significaciones análogas, es un recurso muy sugestivo de toda una copiosa serie de asociaciones ideales, que permiten contemplar las realidades que intentamos exponer bajo nuevos y variados aspectos, ampliando indefinida y venturosamente nuestras perspectivas mentales. Al producirse este fenómeno, la mayor extensión y complejidad de nuestras contemplaciones, con facilidad y con frecuencia suscita metáforas, meras imágenes, rayos de luz espiritual que nos consienten obtener imprevistos razonamientos, inopinados rasgos emotivos, tonos de persuasión acaso inasequibles en el curso ordinario de nuestra actividad creadora. Parece como si en el descrito ambiente, nuestras capacidades psíquicas hallaran especialmente estimuladas sus potencias inventivas. En tan dichosa situación, no es difícil lograr los más rotundos éxitos en el espíritu y en el corazón de nuestros lectores, o de nuestros auditores”<sup>12</sup>.

Mas claro es que si las palabras asociadas y ordenadas con sus contenidos ideales y emotivos legítimos, pueden cooperar al gradual e intensivo acrecentamiento de nuestra vida interior, cuando tales signos traicionan su finalidad expresiva, ética e ideal, o con error son empleados, engendran males sin cuento, ni medida. Una “mala inteligencia”, o una “mala interpretación”, o un “error de nombre” (ligado al consiguiente del concepto respectivo), un insidioso y sofístico equívoco, una artera falacia han podido producir, han producido y es de

---

12 “The use of language is not confined to its being the medium through which we communicate our ideas to one another; it fulfils a no less important function as an *instrument of thought*; not being merely its vehicle, but giving it wings for flight . . . It is on this ground, also that the present work founds a claim to utility. The review of a catalogue of words of analogous signification, will often suggest by association other trains of thought, which, presenting the subject under new and varied aspects, will vastly expand the sphere of our mental vision. Amidst the many objects thus brought within the range of our contemplation, some striking similitude or appropriate image, some excursive flight or brilliant conception, may flash on the mind, giving point and force to our arguments, awakening a responsive chord in the imagination or sensibility of the reader, and procuring for our reasonings a ready access both to his understanding and to his heart”.

temer que sigan produciendo gravísimas consecuencias: guerras, revoluciones, mortíferas disputas, etc., etc.<sup>13</sup>

Las reflexiones que acabamos de registrar, son tan ciertas como discretas. Los profesionales de la Filología y de la Lingüística saben —y no deben olvidar— que la palabra es un recurso tan soberanamente eficaz para el bien, como para el mal y que merece máximos cuidados y respetos por tal razón.

Mas ya en el orden de sus lucubraciones lingüísticas, Roget formula otros asertos no menos interesantes que los que acabamos de glosar. Las agrupaciones en familias de los vocablos de un idioma por sus analogías, contrastes y variadas correlaciones significativas, deparan enseñanzas interesantísimas y resultados doctrinales muy curiosos. La orientación lexicográfica que estamos estudiando, permite que el léxico de los idiomas a ella sometido se ofrezca con insospechadas perspectivas. Estamos mal acostumbrados a pensar en los vocablos como unidades insolidarias en el tesoro lingüístico de que forman parte, y la dirección ideológica de la Lexicografía acredita, por el contrario, que las palabras viven intensa vida de relación, dentro del sistema de signos que integran en cada lengua particular. De las consecuencias que hasta para la historia de la organización social del pueblo romano cabe deducir considerando el contraste que en la época imperial se acredita entre *miles* y *paganus*, nos proporciona Roget esta curiosa cita tomada de D. Hume, *Essay on the Populousness of Ancient Nations*:

The military government of the Roman emperors has exalted the soldiery so high that they balanced all the other orders of the state; hence *miles* and *paganus* became relative terms; a thing till them, unknown to ancient, and still so to modern language<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> *Op. cit., loc. cit.*, pág. xi: "A misapplied or misapprehended term is sufficient to give rise to fierce and interminable disputes; a misnomer has turned the tide of popular opinion; a verbal sophism has decided a party question: an artful wachtwort, thrown among combustible materials, has kindled the flames of deadly warfare, and changed the destiny of an empire".

<sup>14</sup> *Vid. op. cit., loc. cit.*, pág. xiv, n. En este mismo lugar y de la misma citada fuente de Hume se menciona esta sugestiva explicación del valor genérico de *servus*, frente al específico de *verna*: "The term for a slave, born and bred in the

No pretendemos defender, o impugnar las tesis históricas sostenidas en las interpretaciones de Hume, que a través de la cita de Roget acabamos de registrar. Admitimos la posibilidad de que sean acertadas tales aseveraciones, mas aunque no lo fueran, tienen para nosotros y en este caso especial interés. Acreditan esos conceptos, sin duda, originales y acreedores a atenta meditación, que el estudio de los vocablos en la dirección doctrinal lexicográfica denominada ideológica, se halla, cuando menos, henchido de promesas eurísticas de alta calidad. Y no debe extrañarnos que tan dichosos resultados puedan cosecharse y se cosechen en dicha ruta, porque es natural que los vocablos rindan el máximum de su eficiencia dialéctica y discursiva, contemplados a la plena luz de sus relaciones con cuantos les rodean y con ellos conviven en cada Léxico particular. Aparte de que, como veremos en alguna oportunidad, esa convivencia extendida a la totalidad de las lenguas habladas en un determinado momento histórico, puede deparar aun más venturosas consecuencias que las hasta este instante apuntadas. Véase, pues, como la *Lexicografía* abre y señala rutas a los progresos incesantes de la *Lingüística* general.

Pero aún hay más, aunque no es desdeñable nada de lo que llevamos dicho. La agrupación de vocablos con el criterio ideológico permite advertir, con la obligada precisión, que ciertos correlativos, al parecer, meramente positivos y negativos de cualidades bien definidas, tienen más complejidad de la que un examen superficial pudiera pretender atribuirles. La negación no es pura y simplemente tal, sino que, a veces, coexiste con cualidades distintas, parcial o totalmente opuestas a la con ella negada y excluída: el *irrespeto* no es sólo falta de respeto, sino también desdén o desprecio; la *irreligión* no

---

family, was *verna*. As *servus* was the name of the genus, and *verna* of the species without any correlative, this forms a strong presumption that the latter were by far the least numerous: and from the same principle I infer that if the number of slaves brought by the Romans from foreign countries had not extremely exceeded those which were bred at home, *verna* would have had a correlative, which would have expressed the former species of slaves. But these, it would seem, composed the main body of the ancient slaves, and the latter were but a few exceptions”.

supone sólo falta de religión, sino que, a veces, va aliada con la impiedad, etc., etc.<sup>15</sup>.

Claro es que la experiencia de la composición de diccionarios ideológicos puede también comprobar que, donde una superficial atención cree advertir completas contraposiciones conceptuales, absoluta contrariedad lógica, el análisis diligente del lingüista o del filólogo no acusa el mismo resultado. Sin quedar al margen de la Lógica, ni mucho menos, el lenguaje de ordinario no reproduce las más puras estructuras del logicismo formalista. Aparte de que es muy posible que, sin dificultad, se conciba un determinado sentido negativo de otro positivo, previamente expresado, sin que se acuse la necesidad en la práctica lingüística consuetudinaria de forjar un término nuevo, o acomodar otro para aquél opuesto, concebible y concebido. En faenas lingüísticas, las existencias han de ser reguladas por las demandas. Aquí no es aplicable el refrán de que "lo que abunda, no daña". Puede desde luego dañar una riqueza léxica totalmente, o, en buena parte, inaplicable e inaplicada<sup>16</sup>.

Pero hay que referirse a otro sector lingüístico para comprobar y exaltar debidamente los beneficiosos resultados del estudio lexicográfico-ideológico: aludo a la Semasiología o Semántica. El propio Roget, en la exposición que estamos extrayendo, incidentalmente proporciona estas curiosas y exactas referencias (*op. cit., loc. cit., págs. xvii-xviii, n.*):

Such changes are innumerable: for instance, the words *tyrant, parasite, sophist, churl, knave, villain* anciently conveyed no opprobious

<sup>15</sup> *Op. cit., loc. cit.,* pág. xvi: "The correlative term sometimes assumes the form of a mere negative, although it is really endowed with a considerable positive force. Thus *Disrespect* is not merely the absence of *Respect*; its signification trenches on the opposite ideas, namely *Contempt*. In like manner *Untruth* is not merely the negative of *Truth*; it involves a degree of *Falsehood*. *Irreligion*, which is properly *the want of Religion*, is understood as being nearly synonymous with *Impiety*."

<sup>16</sup> *Op. cit., loc. cit.,* pág. xvii: "The correlative idea, especially that which constitutes a sense negative to the primary one, may, indeed, be formed or conceived; but from its occurring rarely, no word has been framed to represent it; for, in language, as in others matters, the supply fails when there is no probability of a demand".

meaning. *Impertinent* merely expressed *irrelative*; and implied neither *rudeness* nor *intrusion*, as it does at present. *Indifferent* originally meant *impartial*; *extravagant* was simply *digressive*: and to *prevent* was properly to *precede* and *assist*. The old translations of the Scriptures furnish many striking examples of the alterations which time has brought in the signification of words. Much curious information on this subject is contained in Trench's *Lectures on the Study of Words*.

No necesitaremos comentar que las más precisas determinaciones de los sucesivos cambios semasiológicos, pueden y deben alcanzarse en la contemplación de los vocablos dentro de los ambientes que les circundan en las clasificaciones ideológicas. Incluso hasta porque en muchas ocasiones, tales ambientes condicionan semejantes cambios semánticos.

Mas ¿qué podremos decir y prometer de esas clasificaciones de palabras con criterio ideológico? ¿Servirán, v. gr., para diferenciar, con fronteras muy precisas, los vulgarismos de los casticismos? Roget en este extremo no se hace inmoderadas ilusiones. No piensa que pueda trazar un modelo de pureza léxica, pues recuerda que su propósito no es, ciertamente, el de regular el uso, sino el de abastecer y hasta sugerir este último, según las necesidades del momento, mas dejando la elección propiamente dicha a la discreción y al gusto del usuario de su repertorio lexicográfico<sup>17</sup>. Tan mesurada, discreta y circunspecta actitud, libra la ruta de prejuicios casticistas y abre horizontes a la consideración más objetiva del vocabulario clasificado. Procediendo de otro modo, nuestro autor hubiera corrido el grave riesgo de incidir en dogmáticas y muchas veces discutibles exclusiones o condenaciones de vocablos o de giros, sin poder siempre, ni siquiera en la generalidad de los casos, razonar y justificar sus criterios selectivos.

Mas cree, en cambio, que los metafísicos entregados a las más abstrusas investigaciones de la Filosofía del lenguaje, ha-

---

<sup>17</sup> *Op. cit., loc. cit.*, pág. XXI: "It is obvious that, with respect to degrees of conventionality, I could not have attempted to draw any strict lines of demarcation; and far less could I have presumed to erect any absolute standard of purity. My object, be it remembered, is not to regulate the use of words, but simply to supply and to suggest such as may be wanted on occasion, leaving the proper election to the discretion and taste of the employer".

llan preparado el campo de sus labores en una clasificación de nuestras ideas, ya que en tal clasificación de ideas, ha de hallarse la inexcusable base de la clasificación de sus respectivos símbolos, las palabras. Y en nota advierte que el principio por él aceptado en la clasificación de vocablos, es el mismo empleado en varios sectores de la Historia Natural, pues piensa que la filiación de las palabras presenta una red análoga a la filiación de plantas y animales<sup>18</sup>. No compartimos con Roget la opinión que acabamos de registrar. Pensamos que los vocablos siguen en su vida trayectorias condicionadas por sus propias contexturas fonológicas, o léxicas, que no siempre coinciden con sus respectivos contenidos ideológicos. Los símbolos no quedan, en todo momento, ligados a sus valores semánticos, o sintácticos, y si pretendiéramos desconocer o silenciar esos hechos de notoria efectividad, nos expondríamos a desviarnos por la ruta de los supuestos menos verosímiles. Aparte de que, como es sabido, la misma conexión advenida y admitida del término léxico con su contenido ideológico, no se libra nunca, o casi nunca, de un cierto *quantum* de convencionalidad y de artificio que no cabe, lícitamente al menos, desconocer. Pero aunque esta convicción que exponemos y contrastamos con la adversa, tiene todo nuestro leal asentimiento, reconocemos también que la tesis combatida, puede ofrecer y ofrece apariencias de verosimilitud muy cautivadoras. Que porque pasamos de la idea a la palabra y de la palabra a la idea, lleguemos a creer que clasificar ideas, puede servir de obligado y previo fundamento a la clasificación de las palabras, no puede, en verdad, extrañarnos, aunque no llegue en definitiva a convencernos después de un atento examen de esas realidades conexas, pero no idénticas, sino notablemente diversas, en medio y sobre su eficaz y plástica conjunción.

---

<sup>18</sup> *Op. cit., loc. cit.*, págs. xxiii - xxiv: "Metaphysicians engaged in the more profound investigation of the Philosophy of Language will be materially assisted by having the ground thus prepared for them, in a previous analysis and classification of our ideas; for such classification of ideas is the true basis on which words, which are their symbols, should be classified\*. \*The principle by which I have been guided in framing my verbal classification is the same as that which is employed in the various departments of Natural History . . . the filiation of words presents a net work analogous to the natural filiation of plants or animals".

Claro es que estos modestísimos y razonados reparos que nos permitimos oponer a la tesis aquí expuesta y discutida, no empecen al reconocimiento de que los Léxicos ideológicos fundados en la observación atenta de la causalidad lingüística, pueden recibir y deparar beneficios valiosísimos en el ambiente científico de la propia Lingüística general, que creemos les corresponde con legitimidad indiscutible. La Lingüística científica hace posible la aparición de meditados y sistemáticos Léxicos ideológicos, y éstos, a su vez, contribuyen a los incesantes progresos de la misma ciencia lingüística, recíprocos fructuosos resultados que no pueden, ni deben extrañarnos, mas que han de estimular incesantemente nuestras mejores energías creadoras. A espaldas de la Lingüística y, mucho menos, frente a y en contra de la Lingüística, no podrán ni deberán ser trazados los diccionarios ideológicos, ni los generales que aspiran a merecer la confianza de sus más devotos usuarios, pero la propia Lingüística no deberá prescindir de las enseñanzas que esos mismos repertorios lexicográficos puedan llegar a reportarla y, efectivamente, en muchos casos la deparan. Tan razonable conducta parece de inexcusable aplicación y no creemos que pueda demandar especiales, ni circunstanciados esclarecimientos.

Mas quédanos por dilucidar un tema para poner término a estas modestas *Adiciones lexicográficas*. Las clasificaciones de los Diccionarios ideológicos y los resultados que de tales clasificaciones y de tales Léxicos quepa deducir, ¿serán aplicables a la formación de un Diccionario de construcción y régimen como el iniciado por el maestro Cuervo, que se halla en vías de ser continuado por el Instituto Caro y Cuervo? Inquestionable parecerá a cuantos se planteen el problema que acabamos de formular, que ambas especies citadas de Diccionarios, la de los ideológicos y la de los de construcción y régimen, no son equivalentes, ni menos idénticas, aunque sí, tan sólo y sin duda, dotadas de cierta semejanza, que no es lícito ni conveniente desconocer o silenciar. Los Diccionarios ideológicos no prescinden para establecer sus necesarias agrupaciones de las funciones sintácticas de los vocablos agrupados, y en los Diccionarios de construcción y régimen, las acep-

ciones de los mismos vocablos son muy tenidas en cuenta para definir sus respectivas funciones sintácticas. En cierto modo, las mismas realidades pueden ser contempladas, o desde el punto de vista específicamente ideológico, o desde el punto de vista específicamente sintáctico. Y no creemos ni irrealizable, ni menos ilegítima la finalidad que persiga establecer precisas y lúcidas relaciones entre esas dos facetas diversas, pero no contradictorias de las realidades lingüísticas estudiadas y catalogadas en las susodichas dos especies de repertorios lexicográficos. Pero esta aseveración sí merece más amplios esclarecimientos que los que hasta ahora ha podido hallar en nuestra precedente exposición, por lo que se nos permitirá que entremos aquí y ahora en semejante interesantísima labor.

No siempre pueden trazarse límites muy definidos y precisos entre la Semasiología y la Sintaxis, fuera de que hay que reconocer la legitimidad conceptual de todo un largo capítulo de Semasiología sintáctica en los tratados doctrinales de Semántica con más solidez y documentación trazados. De ordinario, la función ideológica de las formas léxicas, tiene claros reflejos sintácticos, así como éstos, en general también, se concretan en precisas acepciones ideológicas. Pero hay posibilidad de señalar algún criterio diferencial, que permita claramente distinguir esas realidades tan afines y semejantes. Si los contenidos ideológicos de los términos examinados para esta finalidad discriminativa, particularmente subrayan sus funciones sintácticas de sujeto, de predicado, de objeto directo, de objeto indirecto, de complemento circunstancial, de adición predicativa, etc., etc., en tales perspectivas funcionales los aludidos conceptos deben ser de muy principal modo referidos a la jurisdicción propia de la Sintaxis. En una expresión como esta: El agente de una acción, ejecuta actos conducentes a la finalidad perseguida, apenas hay vocablo que en su significación usual y corriente no haga precisa referencia a su también ordinaria eficiencia sintáctica. Sujeto = el agente; determinación del sujeto = de una acción; predicado verbal = ejecuta; complemento de objeto directo = actos, etc., etc. En cambio en un giro como el siguiente: ¡Honda perturbación, tremendo duelo!, sólo la evocación de la coyuntura histórica en que

tal expresión tuvo lugar, nos permitirá atribuírla su específico valor funcional sintáctico de sujeto, de predicado nominal, de determinación apositiva o predicativa, etc., etc. Inmediatamente considerada dicha expresión, sólo nos permite apreciar una exaltación, un encarecimiento de orden emocional, manifiesto reflejo de nuestros sentimientos evocados en el momento de proferir tales palabras. Cuando las ideas, sentimientos y voliciones expresados ni se subrayan, ni quedan especialmente caracterizados por las funciones sintácticas que sus símbolos orales o escritos desempeñan, entonces, obrando casi al margen de la estructura fraseológica, entramos de lleno en los dominios de la Semasiología pura. Mas no se podrá ni deberá olvidar que aun pareciendo así lograda la distinción pretendida, en ella no es siempre posible permanecer mucho tiempo, porque no cabe desconocer que el puro valor ideológico de los términos lingüísticos orales o escritos, alcanza en cada momento particulares y eficacísimas concreciones semánticas, según la ruta funcional sintáctica seguida por cada uno de tales elementos léxicos.

Nos damos clara cuenta de que con las aclaraciones propuestas, no se logra trazar tajante línea divisoria entre la Semántica y la Sintaxis, pero creemos claramente justificada esa situación de hecho que halla sus más sólidos cimientos en las propias realidades doctrinales, en parte y sólo en parte diferenciadas, porque únicamente de modo parcial pueden ser distinguidas. Sin duda que no suele agradarnos llegar a soluciones tan humildes como la que acabamos de registrar, pues con preferencia apetecemos resultados más precisos, de mayor volumen y densidad. Deberemos, sin embargo, resignarnos con lo hasta el momento logrado, sin prescindir, claro es, de continuar en la brecha, y sintiéndonos relativamente tranquilos al advertir que una parte de lo hallado, corresponde a lo que esperábamos hallar. Porque de la relatividad inexcusable de la diferenciación notada, podremos deducir algunas consecuencias acaso de valor estimable.

En primer término creemos poder afirmar que la Lexicografía sintáctica, no debe prescindir de las aportaciones que pueda ofrecerle la Lexicografía ideológica. Creemos que la

aseveración contraria y recíproca, e. d., la de que la Lexicografía ideológica puede y debe beneficiarse de la Lexicografía sintáctica, es también acertada, pero no intentaremos recoger tal aserto en este lugar por razones aseguibles a la discreción de nuestros lectores, quienes comprenderán que necesitamos restringir el campo de aplicación de nuestras modestísimas capacidades, para sortear seguros yerros, procediendo de otro modo, de frustración lamentable. Ahora bien, manteniéndonos en la esfera en que podemos y debemos movernos, fácil será comprender que la labor lexicográfica sintáctica (e. d., la labor lexicográfica de los Diccionarios de construcción y régimen), podrá hallar y deberá hallar en los Diccionarios ideológicos el ambiente más propicio para ver las realidades sintácticas en sus más amplios y comprensivos horizontes semasiológicos, con lo que la labor específica de nuestro cometido hallará sólida base de cimentación adecuada a sus construcciones doctrinales y eficaces remedios de huír los peligrosos escollos de una exclusivista parcialidad de criterio, posible y siempre lamentable como consecuencia de la muy acusada especialización sintáctica profesional a que nos sentimos de modo casi inevitable inclinados. En pocas palabras resumiremos el razonamiento precedente diciendo que una Sintaxis oreada con las auras de la Semasiología, puede ser, suele ser y, en general, debe ser por el vuelo y la trascendencia de sus concepciones doctrinales, preferible a una Sintaxis tradicional y empírica, aherrrojada en los moldes de la Gramática que se desentien de toda contemplación de la lengua viva y hablada. Los Diccionarios de construcción y régimen elaborados en la dirección apuntada, podrán superar, sin dificultades de consideración, prejuicios peligrosísimos del logicismo ancestral, no siempre totalmente debelados en los días que corren. Y, cuando menos, podrán enfrentar el estudio de los hechos sintácticos sobre cimientos no tan deleznable como los consuetudinariamente aceptados en la concepción de la Sintaxis como un capítulo de la Lógica general. De ese cambio de perspectiva tan sólo, podemos confiadamente esperar fructuosísimos resultados, que deberán consolidarse con los es-

tudios monográficos de la Sintaxis científica contemporánea. Cónstanos, desde luego, que los mencionados estudios monográficos de la Sintaxis científica contemporánea, se hallan todavía en los días que corren en período de provisional, no definitiva construcción sistemática, pero de las aportaciones de Wackernagel, de Löfstedt, de Gray, de Keniston, de Alonso, etc. etc., a distintos sectores de la Sintaxis histórico-comparativa, no será conveniente, ni siquiera lícito prescindir en las tareas de Lexicografía sintáctica que nos aguardan para llevar a cabo la abrumadora misión de continuar el *Diccionario de construcción y régimen* del maestro Cuervo. Porque hemos tenido ocasión de leer, con la debida atención, algunas de las monografías escritas por los doctos últimamente citados, no vacilamos en insistir en que en la indicada dirección doctrinal, no se ha llegado aún a levantar un cuerpo de teorías suficientemente coherente y bien fraguado, pero, de todos modos, se ha conseguido ya enfrentar los problemas sintácticos en una posición ideal que considerablemente elude no pocos de los yerros tradicionales y abre esperanzadas perspectivas para un futuro muy próximo. Formulamos estos asertos sin que nos sea inmediatamente posible presentar todas las apetecibles comprobaciones de los mismos, que algún día intentaremos ofrecer, mas solicitando un modesto crédito de confianza para el presente y el futuro inmediato, debemos subrayar que si no somos víctimas de una ilusión en el caso, los trabajos de Lexicografía sintáctica tendrán en el ambiente que les atribuimos una vitalidad y un dramatismo de los que les creían por completo ayunos ciertos decepcionados pesimistas. Los aludidos han visto siempre con manifiesto desdén y como botada a ineluctable frustración, la empresa en que estamos empeñados cuantos compartimos el honor y la carga de continuar el famoso *Diccionario* del maestro Cuervo. Quienes así opinan y tienen, como es lógico, todos nuestros respetos, más de una vez han supuesto que continuar la genial labor de referencia, supone entregarse a una tarea tan penosa, como inútil, ineficaz e improductiva. Conjeturan nuestros adversarios que es labor semejante a la de intentar llenar de agua un cesto de mimbres, componer

el razonado y sistemático registro de las construcciones sintácticas de los principales vocablos del léxico del español, pues no piensan que en dicho trabajo quepa descubrir fundamentales realidades lingüísticas y sí tan sólo, y cuando más, realidades y artificios del uso más arbitrario y anárquico que quepa imaginar o presumir. Esta posición doctrinal merece ser atentamente examinada, y nos proponemos dedicar a su estudio y a su razonada impugnación algunos desvelos.

Mas baste por ahora con formular algunas advertencias previas, que acaso no huelguen, para entregarnos algún día, y en momento más propicio que el presente, a los necesarios desenvolvimientos de las tesis aquí apuntadas. Quienes gradúan de botada a fatal frustración la continuación de referencia del susodicho Léxico, generalmente comienzan por no conceder a la propia producción lexicográfica comenzada por el maestro Cuervo la importancia que a nuestro juicio tiene dicha obra. No es ya sólo que los censores aludidos, pueden descender a las comparaciones personales y en ese espinoso terreno, no creen que los continuadores de la obra lexicográfica del maestro bogotano tienen la altura científica apetecible y requerida. Tan explicable temor podrá ser sólo razonable en lo que respecta al que traza estas líneas, pero insistimos en que son los reparos a que aludimos de más trascendencia que los que pueden suscitar las siempre discutibles capacidades personales. Quienes creen que es inútil continuar el torso del *Diccionario de construcción y régimen*, de ordinario se sienten inclinados a pensar que tal obra acaso no debió comenzarse nunca, porque terminada o sin terminar, no ha de producir frutos de bendición en el campo de la cultura humana. Y quienes así piensan, llegan a tan dolorosas conclusiones, porque no ven en la obra referida más que un indigesto registro de usos, tan varios como artificiosos y tan arbitrarios como inexplicables. Esa posición de un cierto agnosticismo lingüístico, no es, sin duda alguna, desdenable, ni tampoco es acreedora a violentas repulsas. No ocultamos que no compartimos tal creencia, mejor diríamos tal falta de creencia en la virtualidad científica de los estudios sintácticos, pero no nos permitiremos rechazar semejante ag-

nosticismo sin someterle a las debidas pruebas del razonamiento científico más objetivo y desapasionado.

Piensen quienes quieran hacer "tabla rasa" de obras como el *Diccionario de construcción y régimen* si no son víctimas de erróneas orientaciones doctrinales, que han hecho de la Sintaxis más que un estudio de realidades, un superficial juego de apariencias y de abstracciones. No creamos que ni las deficiencias teóricas reiteradamente advertidas, son siempre, ni aun siquiera en la generalidad de los casos convenientemente evitadas. Si todos hemos tronado alguna vez contra ancestrales y triviales logicismos de la Sintaxis tradicional, dígasenos si todos hemos acomodado luego nuestras prácticas de investigación y de docencia a las más elementales rectificaciones de las nuevas corrientes del pensamiento científico en el campo de los estudios lingüísticos. Un severo examen de conciencia nos permitirá reconocer que en el citado caso, como en otros similares, conocemos más y mejor el mal que el remedio.

Mas ahora dígasenos si un estudio minucioso, microscópico y macroscópico de todos, o, cuando menos, de los capitales hechos sintácticos, vistos en la compleja condicionalidad en que surgen, sin desdeñar ninguna fuente de investigación y de información lingüística, o no lingüística, que nos permita alcanzar plena iluminación de conocimiento científico en la esfera de la etiología sintáctica investigada, dígasenos, repito, si tal estudio es inasequible, desdeñable o inútil, porque lealmente pensamos todo lo contrario. Creemos ardua, difícil, pero humanamente posible esa labor, estimabilísima y a todas luces útil, pues aunque sea sólo en parte cumplida, servirá para librarnos del peso agobiador de los dogmatismos caducos y merecedores de completa y definitiva repulsa, así como para sentar la planta con la debida decisión en las rutas del futuro científico más autorizado y solvente. Puede pedírse nos ahora que de las risueñas perspectivas últimamente evocadas, recojamos algunos trozos de paisaje para proponerlos a la consideración de los renuentes, mas se comprenderá que en este momento y lugar, no va a ser posible "predicar" y "dar trigo". Pudieran tener las con-

sideraciones aquí iniciadas su más inmediato complemento en un bosquejo de los conceptos fundamentales de la Sintaxis general, utilizables y aplicables en los trabajos de Lexicografía sintáctica, materia que el que traza estas líneas ha tenido alguna vez que tratar en sus cursos ordinarios de la Escuela Normal Superior de la capital de la República de Colombia.

Pero tengan o no tengan grato cumplimiento las promesas apuntadas en las referencias que acabo de formular, será siempre incuestionable que para operar con eficacia en la continuación o en la composición de nueva planta de un *Diccionario de construcción y régimen*, habrá que entregarse a los estudios de Sintaxis científica con toda la devoción e intensidad asequibles a los mejores y más levantados anhelos de los profesionales abnegados de la investigación lingüística doctrinal e histórica. Y no necesitaremos insistir en que esa obligada actuación, hallará fructuosísima correspondencia en la propia labor lexicográfica, que podrá y deberá refluir en manifiestos y eficacísimos auxilios, para promover el incesante avance de los peculiares estudios de la Sintaxis científica general y particular. Los Léxicos, basados en la ciencia lingüística, han de aportar inmediatamente a la propia ciencia lingüística sus mejores y más granados frutos. Tal es al menos el modesto, pero sentido ideal del que traza estas líneas.

PEDRO URBANO GONZALEZ DE LA CALLE